



**excelsior:  
el golpe  
final**



por miguel angel granados chapa

El 8 de julio de 1976 culminó la principal y más orquestada acción externa contra un periódico que se conoce en la historia de la comunicación colectiva no sólo de México sino del mundo entero. Ese día, bajo la cubierta de un conflicto interno —resuelto, por lo demás, en forma ilegal—, se silenció una peculiar tentativa de expresión pública, disonante del coro unánime que constituye el resto de los cotidianos que se publican en la ciudad de México.

Sin embargo, **Excélsior** había experimentado, en muchas ocasiones anteriores, ataques desde el exterior. Estos no provinieron siempre del poder público, como en esta última oportunidad, pero se destinaron en todo momento a influir sobre la línea editorial del diario, que no siempre coincidió con la que manifestaba en la última década.

Sólo diez años después de su fundación en 1917, **Excélsior** pasó de ser un radical defensor de las posiciones cristeras a órgano de expresión de un grupo de empresarios que, tras de la muerte de Obregón, se proponía hacer llegar a la Presidencia de la República al general y licenciado Aarón Sáenz. Tan súbitamente mudó el comportamiento editorial del periódico, que la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa —el brazo civil de la rebelión cristera— promovió mediante volantes que se repartían por las calles un boicot de anunciantes y lectores contra el periódico puesto en manos de una facción enemiga.

No se tiene noticia cierta de la importancia que llegó a tener esa promoción. Lo cierto es que fue la primera acción instrumentada desde el exterior para buscar modificar la línea política del diario, o a modo de represalia por la que en cierto momento sustentaba.

Puesto que el periódico había sido comprado por un grupo privado, pero con dinero gubernamental, cuando se frustraron las expectativas de Sáenz, **Excelsior** quedó preso entre las pugnas de los políticos. Mientras por una parte lo patrocinaba el secretario de Hacienda del Presidente Ortiz Rubio, Luis Montes de Oca, por otro lado atacaba furiosamente desde la Cámara de Diputados el más genuino representante del callismo, Gonzalo N. Santos. No fue extraño, por una y otra razones, que el 25 de enero de 1932 el entonces presidente del consejo de administración de **Excélsior**, Abel R. Pérez, anunciara “que el señor general Calles había dado sus instrucciones para que se procediera a la liquidación de **Excélsior**”, según lo refiere Guillermo Enríquez Simóní, a la sazón gerente de la publicación, quien comenta, además: “Aunque yo siempre hubiera sabido de dónde venía el golpe, me causo un poco de sorpresa que don Abel hubiera usado de tal franqueza”, y añade,

haciendo referencia al conflicto laboral que por las malas condiciones del diario en ese momento se ventilaba, que "los muchachos de **Excélsior** estaban defendiendo lo suyo, ciertamente, pero el general Calles los hubiera engañado fácilmente. Previendo lo que pudiera suceder, yo hablé con el licenciado Anaya —un asesor sindical—, le dije categóricamente que la orden de suprimir **Excélsior** había venido directamente del general Calles y que probablemente se haría el inocente y trataría de lavarse las manos y que era necesario insistir y acorralarlo. Los informes que tuve después me demostraron que el licenciado Anaya había apretado lo necesario y el general Calles había decidido entregar **Excélsior** a sus trabajadores"<sup>1</sup> Así se inició la operación de ese diario en cooperativa.

Al año siguiente, en 1933, un pequeño grupo disidente fue expulsado y buscó la protección de la Unión de Obreros de Periódicos Diarios, quien emplazó a huelga a **Excélsior**. Declarada ilegal la huelga, la Unión de Expendedores, Voceadores y Repartidores de la Prensa se solidarizó con los disidentes y se negó a vender el diario. Fue preciso que los propios trabajadores del periódico, auxiliados por voceadores improvisados, distribuyeran directamente su publicación, para frustrar la agresión del cacique de los expendedores.

Una nueva presión, aparentemente de otro tipo, se produjo durante la guerra. Como lo comenta un autor de orientación fascista, "al iniciarse la invasión alemana a la URSS, en junio de 1941, y como **Últimas Noticias** había conservado una actitud definitivamente anticomunista, un grupo de anunciantes presionó a la cooperativa **Excélsior** para que retirara a don Miguel Ordorica de la dirección del periódico. De la amenaza se pasó rápidamente a la acción y fueron cancelados numerosos anuncios del vespertino primero, y luego del matutino. La 'cooperativa' retiró a don Miguel, y los anuncios volvieron a publicarse, previo un cambio de política informativa, consistente en que el comunismo no era ya ningún peligro y José Stalin era un buen hombre"<sup>2</sup>.

Sin embargo, las mayores agresiones externas sufridas por **Excélsior** tuvieron lugar a partir de la mitad de los sesentas, justamente cuando se inició allí una nueva época en el tratamiento de la información, que culminaría diez años después. En aquel entonces, la cooperativa pasaba por un periodo de ajustes interiores. A fines de 1962 y comienzos de 1963 murieron Gilberto Figueroa y Rodrigo de Llano, que durante una treintena de años habían sido gerente y director generales, dotados de tal poder que la organización cooperativa, por lo menos desde el punto de vista de la participación política de los trabajadores, se había reducido a una mera forma.

Desaparecidos los dirigentes, se propició un nuevo orden de relaciones en el interior de la cooperativa. A pesar del riesgo del esquematismo, puede decirse que se configuraron definitivamente dos grupos, uno inclinado a posiciones conservadoras y el otro, por lo menos incipientemente, abierto a los nuevos rumbos a que la sociedad mexicana aspiraba a encaminarse.

En efecto, esa situación interna en **Excélsior** coincidía con una especie de redescubrimiento que el país hacía de sí mismo. Durante las dos décadas anteriores, la nación había tenido una imagen resultado de la propaganda oficial, correspondiente a una sociedad sin conflicto. El deterioro económico, político y social que se haría evidente a partir de 1958, se recrudeció en 1966 y 1968, al ritmo de sendas crisis sociales y puso en entredicho esa imagen. Mostrar a una nueva clase media urbana la verdadera naturaleza de los procesos sociales mexicanos era una exigencia que la tendencia renovadora en **Excélsior** se propuso satisfacer.

El grupo conservador más militante salió expulsado entre 1964 y 1965, momentos que marcan el comienzo de las agresiones más severas contra **Excélsior**, de la que fue culminación la del verano de 1976. De inmediato, los expulsados recibieron auxilio gubernamental, a través del entonces Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas (convertido después en Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos) a cuyo frente estaba y está aun uno de los políticos más poderosos del sistema mexicano, Jesús Robles Martínez. De ese modo, y en fecha tan lejana, quedó planteada la querrela que tardaría diez años en resolverse en favor del poder público.

Entre 1964 y 1971, la existencia del orden legal en la cooperativa estaba en precario. La autoridad administrativa competente —la Secretaría de Industria y Comercio— no tomaba nota de los acuerdos de la asamblea y los consejos de **Excélsior**. En 1971 se tomó nota de casi todos ellos, menos de los tomados en las situaciones más conflictivas, con lo que se mantuvo una amenaza latente contra la cooperativa. Antes, en 1969, y como consecuencia directa de la acción informativa y editorial que el diario había adoptado durante el conflicto social de 1968 —que también en materia periodística constituyó un parteaguas inequívoco—, la fachada del edificio principal de la cooperativa sufrió daños importantes por el estallido de una bomba que, según el parte policiaco respectivo, sólo podía ser operada por elementos del Ejército.

También en 1971 se inició lo que sería una larga serie de embestidas de la televisión comercial contra **Excélsior**. Los expulsados y algunos de sus cómplices, que en esa época fueron suspendidos, encontraban abiertos los foros y los micrófonos del monopolio televisivo para difundir toda suerte de especies calumniosas contra el diario y sus dirigentes. La campaña se recrudeció en 1972, cuando **Excélsior** se hizo eco de severas críticas de altos funcionarios gubernamentales al manejo de la televisión mercantil.

En ese mismo año, a los panfletos difamatorios que con un elevado costo hacían circular semanalmente los excluidos de **Excélsior** —con el patrocinio gubernamental, que incluía el pago de los salarios completos a quienes habían sido expulsados o suspendidos— se agregaron cartas finamente presentadas en que se exhortaba a los anunciantes a no colocar sus avisos en **Excélsior**, so pretexto de que éste había asumido una línea política de extrema izquierda. La campaña surtió sus efectos en agosto de 1972, cuando

los principales anunciantes retiraron su publicidad de las páginas de **Excélsior**, a fin de obligarlo a variar su política informativa y editorial.

**Excélsior** pudo resistir el boicót —que se prolongó hasta el comienzo de diciembre de 1972— merced a varios factores, como su solidez económica, la diversificación de trabajos en sus talleres comerciales y el auxilio económico del gobierno, expresado en forma de anuncios de empresas públicas que no solían publicar mensajes publicitarios. Este último hecho ha sido presentado, con premisas falsas, por Carlos Fuentes<sup>3</sup> para alegar que el Presidente Echeverría, que obró de ese modo, no pudo haber ordenado, y ni siquiera tolerado, la agresión que concluyó el 8 de julio de 1976. El argumento ignora la diferente calidad política del gobierno antes y después de diciembre de 1972. En ese mes, el régimen perdió ante los banqueros, industriales y comerciantes, la disputa por la reforma fiscal, destinada a suprimir el anonimato en los títulos-valor, con lo que la recaudación tributaria, y por consecuencia la fortaleza del Estado mexicano, se habrían acrecentado de manera notable.

A la calumnia televisiva no dejaba de agregarse la impresa. No sólo en forma de avisos desplegados, sino como parte misma de su material informativo y editorial, los diarios de la ciudad de México se unían de modo sistemático a las campañas contra **Excélsior**. Como es natural, se distinguían en esta triste tarea los diarios gubernamentales, **El Nacional** y **El Día**. Puesto que no se estimaba suficiente esta batería de cañones, se le agregaban otras, en forma de folletos y aun de libros. Un José Luis Franco Guerrero firmaba un cuadernillo quincenal titulado **Las Malévolas Noticias de Excélsior**, mientras que un Efrén Aguirre publicaba en 1973 un libro denominado **El Excélsior de Scherer** y un Leoncio Ibarra escribía otro bajo el título **Danny, el sobrino del Tío Sam**. En una y otra obras, hermanas de otros apócrifos sobresalientes como **El Mándrigo y Diez de junio sangriento** —libros “salidos de oscuras oficinas” como escribiera Gastón García Cantú— se buscaba enlodar a Julio Scherer García, subdirector editorial del diario de 1963 a 1968 y director general de entonces a 1976, y a Daniel Cosío Villegas, que había hecho adquirir dimensión cívica a la crítica política en sus artículos publicados de 1968 a 1972.

La reiterada agresión personal a los dirigentes de **Excélsior** y a algunos de sus escritores más distinguidos tenía una intención manifiesta. Se trataba de suprimir el prestigio que unos y otros habían adquirido al practicar un periodismo insólito en un país donde la “gran prensa” es plana servidora del gobierno. Se trataba de crearles una imagen distorsionada, de tal suerte que el público inadvertido recibiera la noticia de su caída como un acto de salvación ciudadana.

En este marco, la agresión postrera, el golpe final, sólo tiene una novedad. Esta vez se instrumentó una maniobra de pinzas. Por dentro, se prohijaron las mezquindades y ambiciones de cooperativistas sin relevancia profesional y sin consecuencia ideológica, carentes además de escrúpulos morales, para que encabezaran un mo-

vimiento interno que se hubiera resuelto conforme a los cánones cooperativistas si no hubiese mediado el ataque exterior, con el cual se concertó su acción.

Además de la intensificación de las agresiones verbales a través de la televisión, los pasquines, los diarios, se instrumentó una acción material: la invasión de un fraccionamiento en cuya ganancia fincaba la cooperativa su esperanza de consolidar su independencia económica. La invasión fue encabezada por un político priísta, y las autoridades policiacas, agrarias y del ministerio público, con negligencia sólo aparente, nada hicieron por resolver este problema que se convirtió en el detonante de la situación interior. Por si faltaran pruebas de cuál fue la actitud gubernamental contra **Excélsior**, bastaría citar el hecho de que el canal oficial, el 13, canceló de manera inopinada, en enero de 1976, su contrato de publicidad con **Excélsior**, en momentos en que arreciaba una de las campañas de prensa, y lo reanudó con los dueños de la actual cooperativa apenas una semana después del golpe.

La prensa europea y norteamericana, la de algunos lugares del interior del país, y algunas publicaciones capitalinas, señaladamente la revista **Siempre!**, encontraron la dimensión verdadera de lo ocurrido en **Excélsior** en julio de 1976 y lo expresaron según el mayor o menor grado de libertad que pudieron ejercer: El golpe final contra la tentativa de un periodismo democrático que se había instaurado en **Excélsior** fue asestado por el poder público.

- 1) Enríquez Simoní, Guillermo. *Años cruciales en la vida de Excélsior*, México, ed. del a., 1974,
- 2) Reed Torres, Luis y otros. *El periodismo en México*, México, Editorial Tradición, 1974, p. 284
- 3) Fuentes, Carlos. "Una tribuna para Julio Scherer", en *El Sol de México* 30 de julio de 1976